

Amalia Signorelli

La antropología urbana: recorridos teóricos

En: SIGNORELLI, Amalia: Antropología urbana
Anthropos Editorial, México:UAM, 1999.cap. 5, pp.67-88.

Parece lógico que en la más «americana» de las ciudades americanas se haya formado en los años veinte la famosa Escuela de Chicago a la que, a menudo, se le ha atribuido el mérito de haber fundado la antropología urbana, la sociología urbana, quizás ambas. O al menos de haber estado en sus orígenes. Como muchos autores lo han destacado (Pizzorno, 1979; Hannerz, 1992; Sobrero, 1992) en los trabajos producidos por la Escuela de Chicago existen grandes incongruencias; entre otras, el desfase del trabajo de investigación, presentado en una famosa serie de monografías, que es siempre innovador en la selección de los temas, casi siempre esmerado en el desarrollo y a menudo interesante en los resultados; y, por otro lado, el marco teórico, que además de tener un alcance modesto, no está faltó de contradicciones. La contribución más importante de esta escuela, lo que aún hoy merece nuestra atención, está justamente en haber tematizado a la ciudad como tal. La sociología, y en general el análisis social europeo del siglo XIX, consideraban a la ciudad siempre en el interior de una perspectiva teórica más amplia, que hacía de la ciudad el producto, cuando no sólo la sede, del desarrollo, del choque o de la dialéctica por un lado de fuerzas sociales, económicas y culturales; y por el otro, los factores demográficos y los poderes políticos y militares. En la perspectiva europea, los efectos de estas dinámicas eran urbanos; pero los factores de las mismas dinámicas nunca eran considerados ni urbanos, ni no urbanos, sino más bien «históricos» o «humanos».

Con una cierta ingenuidad simplificadora, pero quizá precisamente por esto también innovadora, los estudiosos de Chicago, por decirlo así, han emancipado a la ciudad. Promoviéndola de producto o lugar a factor determinante de las dinámicas sociales. Para decirlo en forma simplificada, a éstas no les interesa tanto como y por qué la inmigración ha hecho crecer las ciudades, sino que han hecho las ciudades con los inmigrantes.

En la firmeza con la que ellos afianzan la capacidad asimiladora, plasmadora, condicionadora de la metrópoli, está ciertamente el eco de la enseñanza de Simmel, a cuyos cursos acudió Park, la máxima autoridad de la Escuela de Chicago, en Europa; pero ciertamente también esta la experiencia directa del crecimiento vertiginoso y de la

transformación incesante de un conjunto de ciudades que lograban, bien o mal, integrar en la sociedad americana centenares de millares, a veces hasta millones de nuevos ciudadanos cada año. La teoría que Park y los otros elaboraron para sostener su convicción, la llamada ecología urbana, es de una desesperante sencillez y de un no menos desesperante determinismo; pero el problema que plantearon no es gratuito. Han sido, sobre todo los estudiosos de orientación marxista, en particular- Castells, los que contestaron la acción condicionadora y plasmadora del ambiente urbano, reivindicando para las fuerzas productivas y las relaciones de producción características de una determinada sociedad, la capacidad de producir o al menos de plasmar la ciudad y los ciudadanos de esa sociedad. Sin embargo, el propio Castells tuvo que admitir que el elemento espacial no es irrelevante; y por lo tanto, los famosos caracteres de amplitud, densidad y heterogeneidad indicados por los de Chicago como distintivos de la ciudad, merecen quizá un momento de reflexión, antes de ser liquidados como meramente descriptivos.

El otro elemento interesante en los trabajos de la Escuela de Chicago es la elección de una metodología antropológica. También en este caso, la estructura teórica es discutible. Como posible inspirador de los estudios de dicha escuela se cita a Boas, que en 1928 publicará *Anthropology and de Modern Life*, y es posible que detrás de Boas, estuviera, como sugiere Sobrero, la influencia de G.H. Summer y de su oposición entre *folkways* (costumbres tradicionales, rurales) y *mores* (costumbres convencionales, urbanas) (Summer, 1962). Pero en sustancia para Park, para Burgess y para MacKenzie la antropología es una genérica ciencia del hombre, que puede con provecho aplicar sus «esmerados métodos de observación» a «el hombre civilizado que es un objeto de investigación igualmente interesante, y al mismo tiempo su vida es más abierta a la observación y al estudio», de los hombres primitivos. La influencia de la antropología de Estados Unidos, caracterizada fuertemente en sentido culturoológico (respecto a los intereses sociológicos de la antropología social británica) se advierte en la indicación, como objetos de investigación, «de las costumbres, de las creencias, de las prácticas sociales y de las concepciones generales de la vida, que prevalecen Little Italy, en la parte baja del North Side en Chicago, con la elevación de las concepciones más sofisticadas de los habitantes del Greenwich Village o del vecindario de Washington Square en New York»; y como siempre para la Escuela de Chicago, el proyecto y la práctica de la investigación en el campo, son mucho más interesantes que la teoría. De modo que si su contribución en el desarrollo de la teoría antropológica es modesta, tiene razón Sobrero en afirmar que sus exponentes supieron «en los casos mejores (Louis Wirth sobre todos) [...] traer de la antropología

[...] el gusto por la observación directa, detallada, participante», además de «la capacidad de recoger la diferencia, en donde otros veían sólo realidades opacas y silenciosas, y de encontrar microregularidades, rituales apenas esbozados, correspondencias entre signos, allí en donde otros veían sólo confusión» (Sobrero, 1992).

Por desgracia esta, que era la parte más valiosa de la experiencia de Chicago, no encontró muchos seguidores en los EE.UU. , ni fuera de ellos por muchos años. Prevalció la concepción de los asentamientos humanos como *comunidad*, es decir, como realidades sociales caracterizadas todas por una gran homogeneidad y cohesión interna y autonomía hacia el exterior. Lo más que se admite es que puedan validar de un caso a otro los temas culturales, los valores compartidos y las instituciones específicas que realizan esta homogeneidad y esta cohesión. Para Robert Redfield las diferencias entre asentamientos rurales y asentamientos urbanos, entre pueblo y ciudad existen, pero se pueden ordenar según un *continuum* rural-urbano. Varían los caracteres, cuya presencia o ausencia (o cuyo grado de presencia) permite asignar al grupo humano estudiado su colocación en el *continuum* mismo; pero no se toma en consideración la posibilidad que entre un tipo y otro de agrupación humana las diferencias sean de orden estructural y, por lo tanto, recíprocamente irreductibles. Los estudios de comunidad se agotan en los EE.UU. hacia los años cincuenta, pero son exportados y se encuentran con la antropología británica en aquel curioso contenedor que serán los *Mediterranean Studies*.

En los EE.UU. entre los años cincuenta y los años sesenta, nace una nueva orientación que se autodefine por primera vez como *antropología urbana* .

Sobre todo en la fase inicial buena parte de la antropología urbana americana se caracterizó como «antropología en la ciudad», es decir, como una orientación de investigación que ponía en el centro de su interés la recuperación en el contexto urbano de sus tradicionales objetos de investigación: familia y parentesco, grupos locales y vecindarios, tradiciones y rituales, todos objetos que permitían al antropólogo continuar utilizando los instrumentos conceptuales y metodológicos que la tradición de su disciplina le ofrecía. Fue una larga cosecha de investigaciones que tuvieron el mérito, junto con orientaciones de la microsociología, de evidenciar como las formas tradicionales de la estructura social y del patrimonio cultural no se disuelven en el contexto urbano o metropolitano, aplastadas o pulverizadas por los gigantescos mecanismos de la homologación y de la anomia urbana; al contrario, estas formas se

rediseñan y se refuncionalizan hasta constituirse en elementos importantes no sólo de las vías de integración de los inmigrantes, sino también del proceso entero de reestructuración que a causa de la inmigración sufre la misma ciudad, tanto como estructura urbana como unidad administrativa, productiva y social. Sin embargo, la antropología en la ciudad no llegará nunca muy lejos, no sólo en las generalizaciones, sino ni siquiera en afrontar nuevos terrenos de investigación (Goode, 1989). Al contrario, le falta la capacidad teórica para asumir el doble, complejo y relacional objeto de investigación que tiene enfrente; y en lugar de estudiar la ciudad termina por estudiar cómo los recién llegados se adaptan a la ciudad, y más raramente, cómo la ciudad recibe a los recién llegados. (71) ciudad recibe a los recién llegados, En el ámbito de la antropología cultural norteamericana, esta orientación produce una serie de investigaciones de auténtica antropología de la marginalidad y en el mejor de los casos, es decir, en los trabajos de Oscar Lewis, la individuación de una «cultura de la pobreza», que viene correctamente descrita e inteligentemente analizada, pero jamás puesta en relación puntual, funcional y dinámica con el correlato, sólo en relación al cual el concepto de cultura de la pobreza tendría verdaderamente valor heurístico; la cultura de la riqueza (Lewis, 1966, 1972).

Los estudiosos norteamericanos de antropología urbana han elaborado también otra orientación de investigación conocida con el nombre de antropología de la ciudad. En este caso, la ciudad ya no es considerada como el telón de fondo de microrealidades sociales de las que se quieren estudiar los caracteres, sino que esta en el centro de la escena, en una de las dos siguientes perspectivas: o como realidad espacial y social que genera y condiciona actitudes y comportamientos; o bien como realidad espacial y social que se identifica, que está constituida por aquellos comportamientos y por aquellas actitudes. Las dos perspectivas no son en absoluto idénticas, ni la adopción de una u otra es indiferente.

En todo caso, tienen en común el hecho de que no eluden el dato central de la situación de investigación. La ciudad está ahí, o mejor dicho, las ciudades están ahí. Cualquier cosa que sean no son idénticas ni a las bandas primitivas, ni a las sociedades de tribus, ni a los pueblos. En otros términos, más formales, el enfoque de la antropología de la ciudad, respecto al enfoque de la antropología en la ciudad, ofrece mayores garantías respecto a una limitación que se encuentra frecuentemente en las monografías antropológicas: la ignorancia total o la total puesta entre paréntesis de la relación que existe entre los fenómenos de micro escala que se observan en el campo, y las estructuras y los procesos de macro escala de los que el campo forma

parte.

Una antropología de la ciudad no puede olvidarse de este problema, ya que ninguna ciudad es pensable como realidad aislada y circunscrita dentro de sus propios muros. Y es justamente a partir de este dato que la antropología de la ciudad ubica al menos dos cuestiones relevantes a las que es útil anclar, yo creo, cualquier análisis de las situaciones urbanas.

En el caso en que la ciudad es considerada como un factor determinante de actitudes y comportamientos, el punto importante individuado es el de la especificidad de la ciudad como ambiente físico; totalmente construido y, por lo tanto, totalmente humano, histórico, éste impone y, al mismo tiempo, testimonia una relación -de los seres humanos con la naturaleza y entre ellos- diversa con respecto a la relación que caracteriza cualquier otro tipo de asentamiento.

Es éste un dato de partida que tiene una importancia indiscutible; y el hecho de que a partir de él se hayan construido discutibles determinismos de inspiración ecologista, usados después tanto para celebrar la gloria de la ciudad como para alimentar el prejuicio antiurbano, no puede hacernos perder de vista el dato de partida, esto es que el contexto urbano es un elemento fuerte, cuyas capacidades de condicionar actitudes y comportamientos deben ser valoradas específicamente y no dadas por descontadas. En suma, deben ser problematizadas.

La otra perspectiva, la que considera a la ciudad como el producto de las relaciones sociales que se entrelazan en ella, pone también en relieve un punto importante, Por más que sean diferentes de una ciudad a otra, las relaciones urbanas tienen siempre en común un carácter, que es un requisito necesario y quizá suficiente para el nacimiento de la ciudad: en la ciudad la división del trabajo socialmente necesario se separa, tendencialmente, de los vínculos de sexo y de edad y tiende más a estructurarse y articularse *económicamente*. Esto es, en base a una relación entre medios y fines que es congruente con los objetivos privilegiados por la estructura de los poderes propios de cada ciudad y del sistema social del que forma parte. Éste también es un presupuesto de orden general muy útil para estructurar y encuadrar investigaciones a micro escala: por ejemplo, es evidente que un presupuesto, como el que acabamos de mencionar, es indispensable para plantear correctamente las investigaciones sobre familias y parentesco en la ciudad. Puede que también esta concepción de la ciudad, como producto de las relaciones sociales que la constituyen,

se esclerotize en teorías dominadas por el determinismo económico o que se fragmente, al contrario, en una visión toda «desde abajo» de las estrategias de los actores. Pero si es utilizada con cuidadoso sentido crítico, esta concepción puede ser extremadamente útil (Goode, 1989)

El estudio de la ciudad según hipótesis y métodos antropológicos, que en EE.UU, había sido impulsado por el crecimiento tumultuoso de las grandes metrópolis, en Gran Bretaña nace en relación a las situaciones que se dan en las colonias; casi como una irónica negación de la tesis, propia de algunos antropólogos ingleses, según la cual hipotetizar un vínculo entre evento y contexto corre el riesgo de ser, casi siempre, una operación arbitraria.

Generalmente se señala en el grupo de estudiosos reunidos en el Rhodes-Livingstone Institute de Lusaka (Zambia), fundado en 1938 y en segunda instancia en el contemporáneo East African Institute of Social Research de Kampala (ambos dependientes del Ministerio de las Colonias británico), a aquellos que encauzan el nuevo filón de investigaciones. De ellos se habla también como de la Escuela de Manchester, por el hecho de que Max Gluckman, el segundo y más ilustre director del Instituto de Lusaka, se transfiera en los años cincuenta a la Universidad de Manchester, donde, como consecuencia, se torno el centro de gravitación de todo el grupo.

Es verdad que también en otros territorios del imperio británico fueron llevadas a cabo investigaciones nuevas con respecto al tradicional enfoque funcionalista y estructural-funcionalista: sobre todo algunas investigaciones desarrolladas en la India tienen en común con las africanas tanto el interés para el cambio socio-cultural, como la preocupación) para una renovación teórico-metodológica de la antropología. Justamente Sobrero ha evidenciado el nexo entre la reflexión teórica de Evans-Pritchards y las investigaciones de la Escuela de Manchester; se' puede también oportunamente observar que son las comparaciones y las reflexiones que Leach expondría sistemáticamente *Rethinking Antropology* las que permiten sostenerse a las investigaciones de G.F. Bailey. De hecho, Bailey esta presente en la antología realizada por Fortes y Evans-Pritchards, *African Political Systems*, que en 1940 abre una llueva pila de investigaciones y reflexiones (Leach, 1961; Bailey, 1975; Fortes, Evans-Pritchards, 1940)

Cuando al final de la segunda guerra mundial el crecimiento de las ciudades africanas,

en particular las del llamado Cinturón del Cobre, se vuelven objeto de atención por parte de los estudiosos del Instituto de Lusaka, el aspecto que viene privilegiado como tema de estudio, es la inmigración, analizada sobre todo como experiencia de traslado del pueblo a la ciudad. Aunque Eipstein hubiese escrito ya en 1957 que «las ciudades africanas [...] se desarrollaron en respuesta no a una necesidad indígena o nacional, sino más bien por las exigencias del expansionismo colonial» (Eipstein, 1964), esta constatación no conlleva para los estudiosos ingleses una problematización específica de lo que Balandier llama la «situación colonial»; una situación en el interior de la cual, según el antropólogo francés, nada puede ser comprendido prescindiendo de la fundamental relación de dominación-sujeción y explotación que la caracteriza (Balandier, 1973).

Esta posición de los manchesterianos no es fruto de superficialidad o ingenuidad teórica, ni de mala fe ideológica. Está más bien en línea con la tradicional pretensión de «neutralidad», de la antropología social británica, para la que el valor científico de una investigación antropológica está asegurado por el refinamiento de sus instrumentos metodológicos y por su correcta (*correcta*) utilización; mientras que no se considera necesario que el investigador explique sus premisas, tanto de orden cognoscitivo como valorativo, tanto personales como del grupo al cual pertenece; ni que problematice su relación con el objeto y el terreno de la propia investigación.

En el plano de la afinación de los métodos no cabe duda que la Escuela de Manchester ha empezado un trabajo innovador, con implicaciones interesantes, también en la reflexión epistemológica. La crítica a la distinción entre sociedades simples y sociedades complejas y la adquisición del principio, derivado de la reflexión filosófica de Whitehead, que la sencillez no es un carácter de las realidades sociales, sino el producto del conocimiento científico sobre ellas: es por lo tanto simplificación; la distinción entre las diversas disciplinas fundada ya no en la naturaleza del objeto que escogen, sino en la perspectiva y en la escala de observación de los fenómenos que adoptan; las reglas propuestas para la delimitación del objeto de investigación; finalmente las propuestas metodológicas en sí mismas, como el análisis situacional, entre las cuales resalta el concepto de red, aún hoy en día en el centro del debate (Piselli, 1995), atestiguan un nivel de reflexión más refinado que el norteamericano,

Sin embargo, mucho escapa a este sofisticado instrumental. La preocupación, por otra

parte correcta, de constituir como objetos de investigación campos de relaciones localizadas, circunscribibles y, por lo tanto, accesibles a una observación sistemática, no sólo induce a los estudiosos manchesterianos a considerar los datos económicos y políticos que constituyen el contexto de la situación estudiada, como puros datos de fondo, sino que los exonera de tomar en consideración su incidencia en la situación estudiada. La hipótesis del trabajo originaria (la relevancia del impacto de las fuerzas externas varía al variar la estructura interna de la situación estudiada), a pesar de ser unilateral y unidireccional, podía aún revelarse fructífera; pero se vuelve poco a poco un estilo de investigación en el cual las fuerzas externas son asumidas como un constante y, por ello, igualadas a cero; y las únicas variables tomadas en cuenta como independientes son las internas. La interdependencia de los grupos sociales y la interrelación de las cultura productos evidentes del urbanismo y de las migraciones en la ciudad, una vez más no se vuelven objeto de investigación.

A los antropólogos de la Escuela de Manchester, que también en lo referente a la construcción de instrumentos para el trabajo en el terreno se colocan entre los más refinados estudiosos de la mitad del siglo, les falta esa conciencia de fondo que en cambio ya en los años cuarenta habría madurado en Ernesto de Martino; es decir, que aún el más refinado instrumento de análisis no es neutral y no funciona si al usarlo el antropólogo no emplea su conciencia crítica de pertenecer en forma determinante a una cultura históricamente dada. Para de Martino esta conciencia crítica tenía una inmediata consecuencia epistemológica: la toma del dato etnológico como parámetro, por así decirlo, de la cultura del antropólogo, es decir, en la inversión de la tradicional relación entre cultura «blanca» y cultura «indígena». en las ciudades africanas esta inversión y la consecuente posibilidad de construir un sistema con doble referencia (la cultura de los blancos como parámetro de la negra, de los negros como parámetro de la blanca) era ofrecida por la situación misma, estaba en las cosas. No ha sido tematizada aún por los antropólogos manchesterianos. En sus investigaciones, sin embargo, la referencia externa de la situación de los emigrados es todavía y por siempre su lugar de origen; y objeto de la investigación es el proceso en el curso del cual esos utilizando los recursos que ofrece su cultura tradicional y adecuando sus estrategias a la situación urbana, logran integrarse en la ciudad. Desde las tribus hasta la detribalización y de esta última al tribalismo es el recorrido que viene reconstruido y analizado; respecto al que permanece en el fondo no sólo la situación colonial, sino la misma situación urbana en su complejidad. Al final de la lectura de las monografías de la Escuela de Manchester, el lector tiene la impresión de haber visitado una curiosa África, donde están los trenes y las mineras, pero no los hombres blancos.

Es muy importante una de las conclusiones más generales de las investigaciones del Rhodes Livingstone Institute: que el comportamiento de los inmigrantes es siempre un comportamiento activo, que es guiado por elecciones, administrado según estrategias conscientemente adoptadas y, por lo tanto, de alguna forma innovador. Pero permanece el hecho de que la falta de análisis del contexto, el aislamiento artificioso en que la situación de los inmigrantes es colocada, hace aparecer sus elecciones más libres y dotadas de poder de lo que son en realidad.

En los manuales de antropología urbana se menciona marginalmente, cuando no se descuida por completo, otra corriente de estudios británicos que no caben, ni formalmente ni sustancialmente, dentro de los cánones de la antropología social británica, pero que ofrecen al antropólogo interesado en las ciudades y en las dinámicas culturales en contexto urbano, algunos preciosos elementos de reflexión. Se trata de los llamados *Cultural Studies*, una definición, que, considerado el terreno y el contenido de las investigaciones de estos estudiosos, podremos traducir como *estudios de los procesos de producción de la cultura de las clases subalternas en la sociedad industrial y postindustrial*. En los orígenes de los Cultural Studies se coloca el estudio ya clásico de Hoggart, *The Use of Litteracy*, dedicado al análisis de los procesos y de los efectos de la alfabetización de la clase obrera inglesa (Hoggart, 1957). Su conclusión más interesante y por la época, casi desbaratada, es el descubrimiento de que alfabetizarse no significa necesariamente adquirir instrumentos de emancipación: frente a la escolarización de masa ha sido creada la literatura popular de masa, que ha constituido en Inglaterra no sólo un florido mercado sino un potente instrumento de orientación y dirección de la producción cultural popular: un instrumento de integración social y de producción del consenso. Las contribuciones de Raymond Williams y del denominado grupo de grupo de Birmingham (Williams, 1973; Hall, 1977) han sido fundamentales para profundizar en esta problemática.

La orientación de fondo de estos estudios es marxista, centrada en el análisis del rol de la cultura en las relaciones sociales concebidas como relaciones conflictivas respecto a las relaciones entre clases y grupos sociales cuyos intereses están en conflicto. No se trata de una concepción ni mecanicista, ni determinista de las relaciones sociales; al contrario, el rol de la cultura en las relaciones de dominación y explotación es problematizado como objeto que hay que estudiar a través de la investigación empírica de las fuerzas productivas que lo superdeterminan (?).

Marcus nota que «Williams pertenece a la tradición marxista inglesa y comparte el

interés por la cultura, junto a aquellos que parecen hoy los más capaces de producir la etnografía más refinadamente realista, sensible a los problemas del significado cultural pero, al mismo tiempo, firme en arraigar los análisis de la vida cotidiana en la perspectiva marxista sobre la economía política capitalista» (Marcus, 1986: 170).

La «etnografía refinadamente realista» que cita Marcus se revela como un instrumento particularmente adecuado para los estudios de antropología urbana.

«Es en las ciudades que tiene su morada la cultura popular contemporánea, En los portales, en las tiendas, en las pantallas audiovisuales, en los cines, en los clubes, en los supermercados, en los pubs, y en la búsqueda afanosa, el sábado por la tarde, de los vestidos que comprar para el sábado en la noche... Como cualquier otro espacio también la estructura de la ciudad esta cargada de significados y está también cargada de poder, ya que los detalles materiales de la vida urbana, nuestras casas, las calles donde vivimos, las tiendas que frecuentamos, los transportes que usamos, los pubs que visitamos, los lugares de trabajo, la publicidad y los anuncios que leemos, sugieren muchísimas de las estructuras de nuestras ideas y de nuestros sentimientos. Es una experiencia cotidiana que ininterrumpidamente condiciona nuestras orientaciones, ya sea cuando tomamos una decisión, o cuando expresamos una opinión sobre los hechos del día» (Chambers, 1986: 17). No creo que se podría definir de un modo mejor el campo de investigación de la antropología urbana.

El paradigma positivista «predominante en las ciencias sociales anglo-americanas en la posguerra» (Marcus, 1986: 169), no ha marcado tan fuertemente las ciencias sociales en Francia. Aquí la influencia dominante ha sido la del estructuralismo. Su más notable exponente, Claude Lévi-Strauss ha expresado un juicio negativo acerca de la posibilidad y de la conveniencia, para la antropología, del estudio de las sociedades occidentales. Lévi-Strauss retoma y le propone, en forma más refinada, la vieja oposición de Durkheim entre sociedades a solidaridad mecánica y sociedades a solidaridad orgánica, que en el planteamiento de Lévi-Strauss devienen respectivamente sociedades *frías*, gobernadas por reglas mecánicas, con escasa producción de entropía y tendencial mantenimiento del estado inicial; y sociedades *calientes*, caracterizadas por un modelo de tipo termodinámico, con gran dispendio de energía y constante mutabilidad. Las primeras son interpretables a través del uso de un modelo mecánico, las segundas sólo a través del uso de un modelo de Probabilidades, de tipo estadístico. Como consecuencia de esta situación, la antropología, ciencia interesada en las reglas universales del actuar humano, no

puede y no debe estudiar las sociedades modernas, si no para buscar en ellas, lo que subsiste o aparece de las sociedades frías. Sólo estas últimas, en efecto, permiten tomar las estructuras elementales y fundantes de la vida humana (Lévi-Strauss, 1966),

Sin embargo, la hegemonía del paradigma estructuralista en Francia, a pesar de su fuerza, no ha vivido sin contrastes: pese a la prohibición leviStraussiana, ha existido y existe en Francia no sólo quién estudia las ciudades en las sociedades complejas occidentales, sino hasta quien fue a buscar la complejidad en las sociedades «simples». En cierto sentido, es justamente a las investigaciones sobre las ciudades africanas y sus procesos de urbanización en África, a las que hay que referirse cuando se buscan los orígenes de la antropología urbana en Francia, ya sea para la individualización de los temas, y quizá todavía más, para el armado teórico. Una contribución de gran relieve es la de George Balandier. El marco de referencia de Balandier es ciertamente de origen marxista, pero la suya no es una mecánica aplicación de las categorías marxistas en las sociedades africanas. La problemática marxista le impulsa a ver las realidades africanas en una perspectiva nueva respecto a la tradición etnológica francesa; al mismo tiempo los nudos problemático, que individua, lo solicitan a una reflexión crítica sobre las mismas categorías marxistas. El primer resultado es un precoz descubrimiento de la «historia de los pueblos sin historia» en trabajos que no sólo ponen en crisis el estereotipo de Africa como continente de aldeas, sino que (y este es el segundo resultado importante) muestran concretamente cuánto el análisis antropológico puede ganar mediante la adopción de una perspectiva historicista (Balandier, 1955, 1969, 1973, 1977). Desde esta perspectiva, es posible darse cuenta de que las sociedades africanas no son estáticos sistemas integrados según un modelo mecánico y destinados a reproducirse infinitamente en ausencia de intervenciones externas. Las sociedades africanas están cargadas de tensiones y, por lo tanto, potencialmente obligadas a encontrar nuevos equilibrios o a enfrentar el riesgo de crisis radicales, Sobre este punto el diagnóstico de Balandier llama a la memoria el de Gluckman en *Closed Systems and Open Mind*, pero la verdadera novedad introducida por Balandier es la abierta afirmación que también en las sociedades africanas, tensiones y conflictos nacen de desigualdades y de formas de opresión que son estructurales en el sentido que estructuran las sociedades, incluso las sociedades tribales. En las sociedades tribales los hombres ejercen un poder sobre las mujeres, y los ancianos sobre los jóvenes. Balandier demuestra que es posible fundar el poder sobre bases diversas las del monopolio de la violencia o del control de los medios de producción: el poder puede fundarse y legitimarse en el control de la producción de las relaciones de parentesco; en el

monopolio del prestigio; en la apropiación-enajenación del capital mítico e ideológico de un grupo. Son ideas y construcciones analíticas que se revelan fecundas no sólo en el análisis de la realidad africana sino también en la occidental (Balandier, 1985).

Otro concepto de Balandier parece importante por sus implicaciones teóricas y epistemológicas: el de *situación poscolonial*. Es como Balandier propone definir al conjunto de condiciones generales en las que se encuentra el antropólogo que realiza investigaciones en las sociedades africanas a partir de la segunda posguerra. Tal definición subraya la importancia de la relación entre los grupos locales y el contexto en el que estos grupos están incluidos. Poscolonial es, en efecto, un adjetivo que tiene implicaciones temporales y espaciales de gran espesor: evoca una profundidad en el tiempo al menos de dos siglos y una amplitud en el espacio al menos continental. Es más: es un adjetivo que implícitamente se refiere a una relación y a su historia. La idea de colonia implica que haya colonizados y colonizadores por lo tanto, definir una situación «poscolonial» significa inequívocamente hipotetizar que aquella relación no sólo marcó el pasado sino que aún condiciona la situación presente de los grupos objeto de estudio. En otras palabras definiendo poscolonial la situación general de Africa, se dice implícitamente que las condiciones locales deben ser comprendidas teniendo en cuenta también la situación general a escala continental, el pasado al que esta situación se refiere y las relaciones que, a macro escala, estructuraron y estructuran esa situación.

Cuando Marcus volvió a proponer, en 1986, la problemática de la relación entre fenomenología de micro escala y estructura de macro escala¹, y al encontrar a sus precursores, Raymond Williams, en la tradición del marxismo británico y en el estudio de Paul Williams *Learning to Labour: How The Working Class Kids Get Working Class Jobs* (Willis, 1981) un ejemplo importante de los resultados que este enfoque puede dar, proponía, por lo tanto, un tema ya explorado; y culpablemente, ha ignorado

1. ¹ Marcus, en el ensayo ya citado varias veces, se refiere a la compilación *Advances in Social Theory*, coordinada por K. Knorr-Cetina y A. Cicourel en 1981, donde se proponen tres formas de “integrar las perspectivas micro y macro”. La más aceptable y eficaz, según Knorr-Cetina y según el propio Marcus es aquella en donde “los macro sistemas son representados en la forma en la que son imaginados o integrados en el desenvolvimiento de los procesos vitales de una microestructura que sea intensamente estudiada e interpretada” (p. 169, trad. Mía). En una perspectiva a la Popper no se puede hacer otra cosa más que alegrarse por la convergencia de juicios entre estudiosos, aunque hayan sido necesarios más de veinte años para su maduración.

(¡cómo buen americano que lee sólo en inglés!) la obra de George Balandier. Constantemente está presente en la atención de este autor aquella forma específica de la relación entre fenómenos de macro escala y realidad de micro escala que es la producción de ideología y de consenso, y hay que señalar que de esto él se ocupa tempranamente, en el contexto de la relación entre colonizado y colonizador (Balandier, 1977a), pero también en estudios más tardíos que consideran autónomamente, desde su interior, las situaciones africanas (Balandier, 1977b) o las europeas (Balandier, 1985).

Probablemente, a él le gustaría escuchar que se clasifican como investigaciones de «antropología de las sociedades complejas», ya que justamente rechaza el concepto de sociedades simples. Digamos pues que las investigaciones de Balandier hay que recordarlas con justa razón entre aquellas que, más que otras, han contribuido a liberar la antropología de la equivocación del estudio del «salvaje que ya no existe, pero hagamos como si existiera todavía». Respecto a la antropología urbana, entendida en sentido estricto, Balandier le ha preparado el terreno donde crecer: no es una mera coincidencia el que haya sido alumno de Balandier quien es hoy quizá el más brillante entre los antropólogos franceses que se ocupa de la ciudad, Gerard Althabe.

A preparar el terreno para la antropología urbana en Francia han cooperado también algunos sociólogos de la ciudad, precisamente Chombart de Lauwe y H. Lefebvre.

P. H. Chombart de Lauwe es el autor de *La vie quotidienne des familles ouvrières*, un libro verdaderamente pionero publicado en 1956. La obra se proponía estudiar «cómo se están modificando las relaciones entre los ambientes sociales, las clases, las políticas y las representaciones». «La observación en profundidad [...] permitía comprender la relación entre los diferentes aspectos de la vida cotidiana y de los modelos culturales, la relación entre los grupos sociales y un ambiente material en vías de transformación» (Chombart de Lauwe, 1973: 13). A pesar de ciertos esquematismos (que Chombart de Lauwe antes que otros ha individuado), el enfoque de su investigación proponía ya algunos temas fundamentales, entre los cuales me parece que hay que señalar la idea de que las relaciones entre los grandes grupos sociales y entre estos y el ambiente deben ser estudiadas a partir de las vivencias cotidianas de los sujetos y del sentido que las vivencias asumen a través del filtro de la plasmación cultural. Ya a fines de 1956 Chornbart de Lauwe proponía una investigación que trataba además de sustraerse a las divisiones disciplinarias para

tematizar en cambio «la implicación de los investigadores en los ambientes que estudiaban» (*ibíd.*: 17).

Firmemente ubicado en este terreno teórico y metodológico, a la frontera entre antropología y sociología, Chombart de Lauwe ha legalizado a lo largo de los años muchas más interesantes investigaciones: *La culture et le pouvoir* (1975) plantea el problema del papel de la cultura en las relaciones de poder; mientras ya en 1982, *La fin des villes: mythe ou* pone sobre la mesa algunas de las más urgentes interrogaciones que propone el futuro de la ciudad, logrando integrar la problemática ecológica y las perspectivas ligadas a la tecnología avanzada en un análisis no reductivo, que de todos modos no borra del cuadro los sujetos humanos en cuanto sujetos económicos, sociales y culturales, ni los conflictos que entre estos sujetos se dan. No se puede reconocer al aún fascinante *Perecer* de Kevin Lynch (1992) un planteamiento teórico tan robusto.

Figura compleja de filósofo, sociólogo, crítico literario, marxista expulsado del PCF en 1958, Henry Lefebvre es una figura cuya presencia en los alrededores de las investigaciones francesas de antropología urbana no hay que olvidar. Interesado en una revisión antidogmática del marxismo, encuentra también el Problema de la cotidianidad, de la vida de cada día, como ámbito en el cual se diría, con el lenguaje de hoy: se confrontan macroestructuras y microsucesos. En la perspectiva de Lefebvre esta comparación no es concebida como una mecánica y neutral reproducción de las macroestructuras en las representaciones que los sujetos producen en la micro escala de la cotidianidad; se trata en cambio de una relación de poder, ya que las macroestructuras condicionan, al menos desde un cierto punto y hasta cierto punto, la misma producción de las representaciones. En este cuadro el problema del espacio presenta un interés especial. Lefebvre mismo resume así su tesis central: «un modo de producción organiza-produce su espacio (y su tiempo), así como produce ciertas relaciones sociales. De esta forma se realiza, [...] El modo de producción proyecta en el terreno esas relaciones y este hecho tiene una retroacción sobre ellos, aunque no existe una correspondencia exacta como si estuviese programada con anticipación, entre las relaciones sociales y las relaciones espaciales (o espacio-temporales)» (Lefebvre, 1986: IX). A partir de esta hipótesis central, tan obvia -hoy- como iluminante, Lefebvre ha trabajado muchos años, reflexionando sobre la ciudad, la casa, la urbanística (Lefebvre, 1973a, 1973b).

Aunque si bien no es frecuente encontrar a Lefebvre y Chombart de Lauwe citados por

los antropólogos franceses, creo que es oportuno tener presente este telón de fondo para colocar adecuadamente la que viene comúnmente indicada como la primera investigación de antropología urbana desarrollada en Francia: *Ces gens-la* de Colette Petonnet (Petonnet, 1969). Estamos en 1969. Muchos años después Gutwirth observará que el trabajo de Petonnet y otros contemporáneos inclusive una investigación del mismo Gutwirth de 1970) practicaban «puntualmente la antropología urbana según modalidades que aparecían “naturalmente” una continuación de la lección de la antropología tradicional» (Gutwirth, 1982), En una primera lectura esta impresión parece verdadera y parece reforzada aún por el hecho de que el prefacio del libro de Petonnet es de Andre Leroi-Gourhan mientras que en el libro de Gutwirth es de Roger Bastide. Pero, como observa el mismo Gutwirth, estos importantes decanos de la antropología «supieron reconocer que allí, en efecto, se estaban abriendo caminos nuevos». De modo que a pesar de que los franceses lamentan un retraso en los estudios de antropología urbana y lo atribuyen a causas en cierto sentido análogas a las que operan en Italia, sin embargo, el camino de la investigación en Francia ha sido más veloz y consistente. Lo atestiguan las reseñas bibliográficas y las recopilaciones de contribuciones de autores diversos (*Ethnologie française* 1982; *L'homme*, 1982, *Terrain*, 1984; Althabe, Fabre, Lenclud, 1992).

En la actualidad particularmente interesante aparece la posición epistemológica elaborada por Gerard Althabe. Originariamente africanista, directamente influenciado por Balandier, Althabe promovió la constitución, en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, primero de un equipo permanente de investigación en antropología urbana, y actualmente de un centro de investigación sobre los mundos contemporáneos. En algunos importantes artículos (Althabe, 1990a, 1990b) Althabe sintetiza los puntos fuertes de su epistemología. En ciertos aspectos su posición recuerda a la antropología reflexiva de Bourdieu (Bourdieu, 1992), y también al etnocentrismo crítico de Martino (de Martino, 1979). Asimismo, Althabe propone con mucha fuerza el carácter «fundador» de la relación que el investigador establece con sus interlocutores. Esta relación se desarrolló en un contexto que el investigador ha «producido» ya que es el mismo que, realizando un corte en la realidad social, «produce» sus interlocutores como actores de una particular configuración de la cual él se considera extraño y en la que quiere entrar a formar parte para «conocerla desde su interior». Hasta qué punto esta configuración sea real y no sólo imaginada por el antropólogo, únicamente la investigación puede decirlo; pero esto significa que «la pertinencia de la perspectiva que ha sido seleccionada como cuadro de referencia para la investigación, debe ser constantemente verificada en el curso mismo de la

investigación» (Althabe, 1990b: 128) y sin olvidar nunca que también el antropólogo es parte de la configuración: son sus interlocutores que, desde que lo encuentran, lo «producen» como actor de la configuración que él quiere estudiar y lo utilizan en los juegos sociales que pertenecen contemporáneamente a ellos y al campo de investigación que él ha recortado. Simultáneamente comprometido a «entrar dentro» ya «restablecer la propia distancia de», el antropólogo debe «organizar el desarrollo de su investigación en forma tal como para poderse permitir una autoreflexión permanente» (*ibíd.* : 130). Por otra parte, cualquiera que sea la configuración social que el antropólogo ha recortado, sus interlocutores forman parte de ella de manera, si no es temporal e intermitente como él, ciertamente parcial. En la ciudad, la separación entre la residencia, el trabajo y los lugares de tiempo libre es una condición generalizada; y el antropólogo no puede olvidar que el lugar en que ha fijado la propia sede de investigación es un «aquí y ahora» de sujetos que pertenecen a una multiplicidad de otras situaciones sociales (Althabe, 1990a: 127). Althabe rechaza toda legitimidad a las posiciones que absolutizan y autonomizan el rincón de ciudad en que se desarrolla la investigación; no las acepta porque las considera desviadas, expresiones como «cultura de empresa» o «de administración», «pueblo urbano», «tribu urbana» y similares, aunque sí usadas metafóricamente. Si sus interlocutores no pertenecen totalmente a la situación que él estudia, será inútil que el antropólogo intente estudiarla como una totalidad. Más bien Althabe propone estudiar «el trabajo del imaginario que produce la ciudad para aquellos que la habitan: la recomposición, la apropiación, el uso de la ciudad. Este trabajo del imaginario en los discursos de los habitantes, es para el antropólogo un camino para relacionarse con ellos como actores de prácticas y para comprender el sentido de sus posiciones» (Althabe, 1984: 4).

La teorización de Althabe, muy convincente y rica de sugerencias, presenta algunas significativas convergencias con ciertas posiciones de Néstor García Canclini, el antropólogo argentino que trabaja en la Ciudad de México, en donde ha realizado algunas extraordinarias investigaciones sobre la producción cultural y el consumo cultural (Canclini, 1994a, 1995). Ambos están interesados en la «producción de la ciudad» en las prácticas de los habitantes; ven estas prácticas dibujarse y realizarse en el interior de campos de relaciones que son siempre también relaciones de poder; consideran, finalmente, que el campo de relaciones no puede ser totalmente comprendido más que en relación a su contexto, que no se puede, en resumen, analizar el local, prescindiendo de la realidad global (Canclini, 1994b).

Un caso como el de México plantea con mucha evidencia la cuestión del *fin de las*

ciudades. Como hemos visto ya en 1982, Chombart de Lauwe publicaba un libro con este título. En 1961 salió en los EE.UU. *The Death and Life of Great American Cities* Jane Jacobs, un libro profético que identificaba en el automóvil el peor enemigo de la vida urbana, Jacobs obtuvo una notable fama internacional. y en su patria una alta dosis de ostracismo por parte de los círculos que cuentan; pero ni ella ni nadie ha logrado detener la motorización de masa (Jacobs, 1969),

El fin de las ciudades es un tema propuesto siempre, más frecuente en los últimos años. Se presta a infinitas variaciones, más o menos inspiradas en la ciencia ficción; más allá de las cuales, sin embargo, es un tema que todavía merece que se reflexione críticamente sobre él. Según algunos autores, cuando las ciudades crecen a la dimensión de metrópoli, o de megalópolis, tienden, justamente a causa de las dimensiones, a transformarse en aglomerados que tienen poco o nada de urbano: empezando por el imaginario de los habitantes, que ya no las perciben unitariamente y menos aún pueden experimentarlas como realidades unitarias. Estas infinitas extensiones de construcción atravesadas por autopistas urbanas, no tendrían nada que pudiera distinguirlas unas de otras, que les diese una identidad; y, por lo tanto, ya no podían ser a su vez, matrices de identidad (Sennet, 1992). Sin embargo, justo las investigaciones de Canclini y de otros antropólogos latinoamericanos muestran cómo la imaginación de las nuevas tecnologías, alimentándose recíprocamente, ofrece al menos algunas alternativas a] antiguo paseo por la avenida principal, produciendo no la desaparición de la ciudad, sino nuevas prácticas y nuevos imaginarios urbanos, a veces, pero no siempre violentos y dramáticos (Canclini, Nivón, Safa, 1993; Martín Barbero, 1993; Herrán, 1993),

Oscuro y preocupante parece a primera vista el cuadro dibujado por Kevin Lynch en su último trabajo, publicado después de su muerte en 1992. Intitulado en italiano *Perecer*, el título en inglés, *Wasting Away*, está más cargado de culpables implicaciones. La catástrofe ecológica es explorada en todos sus posibles desarrollos terroríficos pero no improbables, si se toman en cuenta muchos comportamientos ya generalizados a escala planetaria. Pese a ello, Lynch, en la más pura tradición del pragmatismo optimista americano, practicable también porque él borra completamente de su discurso todo análisis de las conveniencias y de las responsabilidades específicas, considera que sea posible convertir «positivamente» los desechos, el desperdicio, el enajenado consumo; en síntesis, en su tesis, se deberá aprender a programar y dirigir la declinación.

Más allá de las diferentes interpretaciones, un dato objetivo parece confirmar la tesis de una posible muerte de las ciudades. Después de más de dos siglos de crecimiento, más o menos veloz pero continuo, las ciudades y sobre todo las metrópolis han entrado en un ciclo de baja demográfica. El fenómeno, advertible en todo el mundo occidental, ha asumido dimensiones significativas también en Europa. No puede ser explicado sólo con la baja de la natalidad; como muestran los análisis que señalan el crecimiento de los centros pequeños y medios, se trata de una verdadera y propia «fuga» de las ciudades. No estamos frente a un fenómeno generalizado: además de ser todavía numéricamente contenido, parece presentar algunos caracteres distintivos. Afecta principalmente, a familias de la clase media y sobre todo media alta todavía jóvenes con hijos. Estos sujetos no desean vivir en las colonias suburbanas, sino en un pueblo, en una aldea de pocos millares de habitantes, pero que no esté lejos, ni de la ciudad de medias dimensiones, ni de las grandes vías de comunicación. Por estas características, S. Wallman considera que este fenómeno puede ser considerado típico de la sociedad postindustrial, ya sea en el sentido que se ha hecho posible por las innovaciones ligadas a la tecnología informática y telemática y por las transformaciones del ciclo productivo; sea también en el sentido que expresa los nuevos valores y las nuevas aspiraciones posmodernas.

Que sean viajeros urbanos que alcanzan cotidianamente la metrópoli, pero prefieran residir en un pueblo; o que realicen en su casa un trabajo que pueda utilizar las conexiones telemáticas; o que haya puesto en marcha una actividad en el mismo lugar de residencia, de todos modos este nuevo pueblo de habitantes de los *telecottages*, encarnaría todas las megatendencias de la nueva cultura contemporánea, que Wallman resume con las palabras de otros dos estudiosos. «Preferencia por la descentralización contra la centralización; proveerse solos más que contar con la asistencia y los servicios públicos; preferencia por las formas de vida y de organización pequeñas, más que por aquellas de gran escala; preferencia por las opciones múltiples más que por las dicotomías; preferencia por la actividad económica informal respecto a la formal; deseo de una vida centrada en lo privado; reprivatización de la vida familiar» (Naisbitt y Aburdene, en Wallman, 1993).

En la sociedad industrial los sujetos decidían su residencia, su identificación con un lugar en base justamente al trabajo y a su propia pertenencia originaria (región de origen, religión, pertenencia lingüística, etc.). Actualmente, se estaría dibujando una petición de contextos locales totalizantes «holísticos», pero que permitan asumir identidades flexibles. Es, según Wallman, la petición de un nuevo tipo de vida urbana,

Ya que estas peticiones se apoyan en el soporte de la tecnología informática, «no hay razón para que la ciudad postindustrial no pueda satisfacerlas» (Wallman, 1993: 12).

Pero, ¿qué clase de ciudad será la ciudad de los *telecottages*? Hans Schilling, que ha estudiado los pueblos de los alrededores de Frankfurt, ellos también blancos de las clases medias que quieren dejar la metrópoli, habla de «urbanismo sin urbanidad». La nueva urbanidad coincidiría más con la seguridad que con la libertad, con la estabilización de relaciones de familiaridad en lugar de la activación de relaciones heterogéneas y que se renuevan continuamente, con el retiro en lo privado y con una vida pública ficticia, ya que en ella la política es espectacularizada, y el consumo es la base para definir el rango y el prestigio (Schilling, 1993).

Que se comparta la posición pseudoneutral y en el fondo optimista de Wallman o el pesimismo de Schilling, es de todos modos imposible no reconocer que la problemática de la sociedad postindustrial debe ser incluida desde ya en el cuadro de la antropología urbana. Ya hemos entrado en la sociedad cableada y no es una novedad afirmar que la telemática ya incidió, y más en el futuro, en la estructuración del tiempo y del espacio, en las relaciones sociales, en la división del trabajo, en la cualidad y cantidad del trabajo socialmente necesario. Sin embargo, la tarea de comprender las nuevas formas culturales necesita la misma paciencia y prudencia, yo creo, que tradicionalmente la antropología tuvo que utilizar para interpretar cualquier realidad cultural.

Además de los ya someramente indicados, un tema, en particular, me parece fascinante para una antropología reflexiva de la ciudad cableada. La mediatización ha dado nuevo cuerpo a un viejo fenómeno: las modas culturales. Siempre existieron, pero a diferencia de lo que sucedía en el pasado, ahora ya no son elitistas, sino de masa, tienen una difusión capilar a nivel a veces planetario y siempre muy extendidos, tiene una obsolescencia muy rápida, hasta ahora inédita aún por las modas ¿Qué aportan, qué destruyen, qué dejan tras de sí como sedimento?

Consideraría estúpida una antropología que por juzgarlas como fenómenos efímeros y superficiales, no las considerase como posibles objetos de estudio. Aún más estúpido sería, obviamente, creer que los análisis más adecuados para los fenómenos efímeros, sean los extemporáneos e improvisados.